

casi siempre tanto más grandes cuánto más favorecido. Por consiguiente, no envidiémos las grandezas, á las cuáles la misericordia de Dios se digna unir un peso particular de tribulaciones, para hacerlas más funestas. Sino que estémos en la prosperidad ó en la adversidad, sepámos hacer servir nuestras penas para nuestra santificacion, sufriendolas con paciencia y con resignacion á la voluntad de Dios. Obrando asi, no se tiene más que averiguar por qué medios se podrá asegurar la salvacion. Ese es el medio por excelencia. Dios, que es un buen Padre y conoce la eficacia, lo pone sin cesar á nuestro alcance. José no parece haber empleado otro toda su vida, y le há conducido al más alto grado de santidad. Roguémos con confianza á este buen padre del Niño-Dios, que es tambien el nuestro, puesto que somos los hermanos de Jesucristo¹, para ayudarnos á emplearlo fiélmemente á nuestra vez, á fin de que con su apoyo lleguémos igualmente al cielo. Así sea.

FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ

TERCERA INSTRUCCION

San José, nuestro modelo.

I. Modelo muy perfecto. — II. Modelo muy imitable.

En este dia de la festividad del gran San José, honrarémos á este bienaventurado patriarca de una manera que le será particularmente agradable, si nos aplicámos á considerar sus virtudes para imitarlas. San José es, en efecto, un modelo perfectísimo de la vida cristiana cómo vámos á verlo en la primera parte de esta plática; y este perfectísimo modelo no es menos muy imitable, cómo lo verémos, igualmente, en la segunda parte. El admirable

1. San José es, en un sentido elevado y muy cierto, el jefe y el padre de todos los elegidos de la gran familia de los miembros del cuerpo místico de Jesus (El Cardenal Pie, obras, t. VII, pag. 129.)

San José, esposo de Maria y padre adoptivo de Jesus, nos ocupa é interesa demasiado, y en este dia nos permitiremos religiosa atencion á lo que vámos á decir¹.

I. — *San José, modelo perfectísimo de la vida cristiana.* — La vida cristiana no consiste cómo algunos creen con injusticia, en ayunar, en mortificar sus sentidos, en practicar austeridades de todo genero. No consiste tampoco en hacer muchas oraciones vocales, en frecuentar muy asiduamente las iglesias, en oír todos los sermones que se predicán, ni tampoco en recibir con frecuencia los sacramentos. Esas son seguramente muy excelentes practicas, que contribuyen poderosamente á hacernos llevar una vida cristiana, pero no son ellas las que la constituyen.

En qué, pues, consiste la vida cristiana? Esta consiste esencialmente en dos cosas, en amar á Dios y en amar á su prójimo. Es nuestro Señor mismo quién nos lo enseña de la manera la más precisa. Interrogado un dia por un doctor de la Ley, que le preguntaba cuál era el principal mandamiento. Jesus le dijo: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu. Ese es el primer y principal mandamiento. Pero hay un segundo parecido al primero: Amarás á tu prójimo cómo*

1. En la persona de San José tenemos que considerar: 1º Las penas sospechas por las cuáles Dios quiere probarle: *Inventa est in utero habens*; sus perplejidades: *Cum esset justus, et nollet*; Dios, para purificar á sus elegidos, los somete frecuentemente á rudas pruebas. — 2º Su prudencia, que le lleva, antes de determinarse á obrar, á reflexionar maduramente delante de Dios sobre lo que debe hacer: *Hæc autem eo cogitante.* — 3º Su justicia, que no le permite extraviarse de las prescripciones de la ley, ni autorizar, por una ciega condescendencia, lo que creia un mal. — 4º Su dulzura y su caridad que le aconsejan los medios los más suaves: *Et nollet eam traducere, voluit occulte dimittere eam.* — 5º Los consuelos con los cuáles Dios corona sus pruebas: *Ecce Angelus Domini apparuit in somnis.* — 6º Su docilidad y su obediencia: *Exsurgentes Joseph... fecit sicut præcipit ei angelus Domini.* (Dehaut. El Evangelio expl. 1. p. 1. sec.)

á *ti mismo*. Y el Salvador terminó en esta forma: *Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos*¹. Desde entonces toda la ley y los profetas se reducen á los dos mandamientos de amar á Dios y al prójimo; es, por consiguiente, en amar á Dios y al prójimo en lo que consiste toda la vida cristiana.

Pues sin salir del Evangelio que os he leído hace un instante, encontramos muchos rasgos que prueban que San José puede ser considerado con un perfectísimo modelo de vida cristiana.

El primero de estos rasgos es el que proclama á San José un *hombre justo*. Qué es un hombre justo? Es el que se limita á no engañar, ni robar á nadie, á pagar sus deudas, á no querer para él más que le pertenece? No; ése es el hombre honrado, si quereis, pero no es ése el hombre justo por excelencia, el hombre que merece este título de *justo*. El hombre justo es el que posee la virtud de la justicia, la cuál nos hace dar á la vez á Dios y á nuestro prójimo lo que les debemos. El que diera á los hombres lo que les debe, y á Dios nó, no sería justo; de igual manera, el que diérase á Dios lo que le debe, y no á los hombres, no sería tampoco justo. La justicia exige, pues, estas dos cosas, dar á Dios y á los hombres lo que les es debido. Pues, qué debemos á Dios y á los hombres? Les debemos amar, segun el mandamiento que se nos hace; y si les amamos, observaremos toda la ley. Porque si amamos á Dios, le obedeceremos en todas cosas y no violaremos ninguno de sus preceptos. Y si amamos á nuestro prójimo, cuidaremos también igualmente de no causarle perjuicios, sea en sus bienes, sea en su reputación, sea en su persona; sino que, por el contrario, tendremos gran cuidado de hacerle todo el bien que podamos. San José siendo proclamado por el Evangelio un hombre justo, qué se deduce? Dedúcese que San José ha amado á Dios y al prójimo cómo debía, porque, de otra manera, el Espíritu Santo no le hubiérase proclamado justo. Y cómo el que ama á Dios y al prójimo observa toda la ley, San José la ha observado en toda su extensión. Y ha-

1. Mat. xxii, 37-40.)

biendo observado la ley en toda su extensión, es, por consiguiente, un perfecto modelo de la vida cristiana, la cuál consiste precisamente en esta completa observación de la ley de Dios.

El segundo rasgo de nuestro Evangelio que nos muestra en San José un perfecto modelo de la vida cristiana, es aquel en que se dice que habiendo advertido el estado de Maria, su esposa, *no quiso entregarla al rigor de la ley, sino que resolvió abandonarla secretamente*. Este rasgo nos hace ver, en efecto, el amor al prójimo practicado en un grado héroeico. Porque San José podía creerse gravemente ultrajado por Maria. Las apariencias estaban contra ella. Apesar de su voto de castidad del cuál habia enterado á San José, y que habia decidido á este á formular uno semejante, llevaba en si los indicios évidentes de la maternidad. Cuál no era, pues, su falta de fé, de qué perjurio no se habia ella hecho culpable, y qué venganza, por ultimo, José no podia tomar! Si, sin duda, y es lo que no hubiérase dejado de hacer cualquier otro marido. Pero José tenia otros sentimientos. Ciertamente es que estaba confuso con lo que veía, y que apenas podia creer en lo que sus ojos veían. Pero la caridad fraternal que estaba en su corazón, fué más fuerte que sus sospechas y que todos sus más lejitimos resentimientos. No queriendo vengarse personalmente, no quiso tampoco que la ley le vengase. Si lo que parecia ser, hubiérase sido realmente, la ley mandaba que Maria fué apedreada. Pero José se colocó entre Maria y el rigor de la ley, y como esta misma ley le prohibia permanecer con Maria, en el caso que indicaban las apariencias, no tuvo el pensamiento de infringirla, y resolvió abandonarla; pero su caridad le sujirió la idea de hacerlo de una manera secreta y sin ruido, con el fin de que Maria no tuviese que sufrir. Y os pregunto: no es ésa una caridad héroeica? Se vé nunca más generosidad unida á mayor delicadeza¹?

1. *Intelligens enim Joseph Mariæ uterum gravidari, turbatur; quod Mariam, quam de templo Domini acceperat et nondum cognoverat, et gravidam sentiebat; secumque æstuat disputans et dicens: Quid faciam? Prodo, aut taceo? Si prodidero, adulterio non consentio, sed vi-*

Ah! qué hermoso modelo es aquí San José para nosotros! Con qué fuerza su conducta nos predica el perdón de las injurias y el amor al prójimo! nos creemos ofendidos ó menospreciados: es

tipum crudelitatis incurro, quia secundum Moysi sententiam, lapidandam eam esse cognosco. Si tacuero, malo consentio, et cum adulteris portionem meam pono: quoniam ergo tacere malum est, adulterium pejus est, dimittam eam a conjugio (S. AUG. *Sermon. de Nativ.*). — Pulchre autem docuit S. Matth. quid facere debeat justus, qui opprobrium (sive probrum) conjugis deprehenderit, ut incruentum ab homicidio, castum ab adulterio præstare se debeat. Et ideo dicit: *Cum esset justus: ubique ergo in Josephi gratia et persona servatur, ut testis ornetur: lingua enim justus loquitur iudicium, etc.* (S. AMBR. *sup. Luc. lib. 2, c. 1*). — Sed quomodo Joseph cum crimen celet uxoris, justus describitur? In lege enim præceptum est non solum reos sed conscios criminis obnoxios esse peccato (S. HIER.). — Sed sciendum quod justum hic virtuosum in omnibus dicit: est enim justitia specialis quædam, ut avaritiam habere, et justitia universalis virtus; et sic nomine justitiæ maxime utitur Scriptura. Justus igitur existens (id est, benignus et mitis), voluit occulte dimittere eam, quæ non solum traductioni, sed etiam quæ pœnæ secundum legem obnoxia videbatur. Sed Joseph utrumque remisit quasi supra legem vivens. Sicut enim sol, antequam radios monstret, mundum clarificat, sic et Christus, antequam nasceretur, multa signa perfectæ virtutis apparere fecit (S. JOAN CHRYSOST. *sup. Matth. hom. 4*). — Vel aliter: si solus nosti quia aliquis peccaverit in te, et eum vir coram hominibus arguere, non es corrector, sed proditor. Unde vir justus Joseph tanto flagitio quod de uxore fuerat suspicatus, magna benignitate pepercit. Æstuabat utique certa adulterii suspicio, et tamen quia ipse solus sciebat, noluit eam divulgare, sed occulte dimittere, volens prodesse peccanti, non punire peccantem (S. AUG. *De verb. Dom. serm. 6*). — *Voluit occulte dimittere eam, per secretum divortium, dando ei occulte libellum repudii, ait Abulensis hic, quæst. 39, aut potius et honestius secedendo ab ea prætextu peregrinationis, quasi abiturus in longinquam regionem. Ita Maldonatus (CORN. A LAP. *Comm. in Matth. 1, 19*). — Or Joseph, qui était un homme juste, ne voulant pas la diffamer. La douceur et la charité sont inséparables de la véritable justice. Cette dernière est également éloignée de la faiblesse*

muy cierto qué lo hemos sido realmente? Ah! si José hubiéramos sido de caridad, y si hubiésemos entregado á Maria *al rigor de la ley*, gran Dios! cuál no hubiésemos sido la consecuencia de esta falta de caridad! No es posible tambien que no sea más que en apariencia que el prójimo tenga agravios respecto de nosotros? Pero que el prójimo sea verdaderamente culpable, lo que es frecuentemente muy difícil de saber al justo, no dejémos de deponer toda colera y toda idea de venganza contra él, y aun serle útil en la medida de nuestros medios. La caridad cristiana, de la cuál San José nos ofrece hoy un tan bello modelo, nos hace un riguroso deber; sin contar la amenaza terrible fulminada contra los que no perdonan, á saber, que ellos mismos no serán perdonados ¹.

El tercer rasgo, por último, de nuestro Evangelio, que nos muestra en San José un perfecto modelo de la vida cristiana, es cuando nos refiere, que habiendo oído lo que Dios le hacia decir por el ángel, creyó y guardó á Maria con él. Dios, satisfecho de la manera como José habia practicado la caridad con Maria, no prolongó más la prueba, y se apresuró á enviarle un ángel para iluminarle y consolarle. Pero véd, al mismo tiempo, la perfectísima conducta de José en este nuevo acontecimiento. Duda del ángel? Pídele las pruebas de lo que le dice? Nada de esto. Como el ángel le aclara sospechas que nadie conocia, y sabe que solo Dios conoce nuestros pensamientos y los movimientos del corazón, comprende que es

pussillanime qui supporte lâchement ce qu'elle ne doit pas supporter, et de l'inflexibilité inexorable qui punit le coupable sans compatir à son malheur. Le juste doit savoir défendre son malheur, sa réputation sans flétrir celle d'autrui. — *Résolus de la renvoyer secrètement*, Premières traces, dans l'Évangile, du respect et des égards pour la dignité de la femme: la femme réhabilitée par l'évangile (DEHAUT, *l'Évang. expl. 1. p. 1. sect. § 6*).

1. Mat. vi, 45. En sus dudas, José iba á separarse como ordenaba la ley, pero secretamente cómo la caridad aconsejaba, cuándo un ángel le reveló el misterio... Es así cómo procedemos en nuestros juicios respecto del prójimo? No nos permitimos malas sospechas sobre las in-

de parte de Dios que le habla y cree sin vacilar todo lo que le dice. Esta conducta no es perfecta? Si José hubiéramos creído al ángel sin darse cuenta de que no podía hablarle más que de parte de Dios, habría faltado á la prudencia, y se hubiera expuesto á ser el juguete de una ilusión ó de algún espíritu malo. Y si habiendo comprendido que el ángel le hablaba en nombre de Dios, no hubiera querido creer en su palabra, bajo pretexto de que lo que le decía no se había visto nunca, que esto era imposible, que no se comprendía, ó por cualquier otra razón, habría carecido de fé y ofendido á Dios, suponiéndole capáz, ó de engañarse, ó de querer engañarle. Pero José no cae ni en la imprudencia, ni en la incredulidad. Desconfía de sí mismo, pero cree sin reservas en Dios. — Qué hermoso modelo, cristianos! Ay! cómo seríamos diferentes de lo que somos, si quisiéramos estimularnos en imitarle! Desgraciadamente, hacemos todo lo contrario. Aceptamos como cierto y verdadero todo lo que nos cuenta un hablador, todo lo que leemos en libros y en periodicos sospechosos ó completamente malos. Pero de la palabra santa de los pastores de la Iglesia y de los libros que hacen conocer la religión, desconfiamos y nos ponemos en guardia contra ellos, los discutimos y buscamos razones que oponerles; y si hay muchos, entre nosotros, que no rehusan claramente creerlos, obran seguramente como si no los creyeran. Así, qué sucede? Que no creyendo las verdades del cristianismo y no observando sus leyes, no se ama á Dios ni al prójimo, sino unicamente á sí mismo, á sus comodidades y pasiones; y por consiguiente, se deja de ser cristiano, por lo menos de hecho. Ah! cómo tenemos necesidad, hermanos míos, de fijar nuestras miradas en San José y de estudiar seriamente su con-

tenciones y los designios de nuestros hermanos? y lo que es peor todavía, no comunicamos á los demás estas malignas impresiones? cuidamos, todas las veces que podemos, cubrir las faltas del prójimo, excusarlas, disimularlas y desviar la conversacion cuándo los demás hablan de ellas? (Hamon. Medit. San José, 5ª medit. 1. p.)

ducta! Con una sincera y buena voluntad, podremos asemejarnos á él. Porque siendo un perfectísimo modelo de la vida cristiana, es, al propio tiempo, según hemos dicho

II. *Un modelo muy imitable.* — Todos los santos son modelos, pero no todos son igualmente imitables. Hán llegado á ser santos por las vías por donde Dios los há conducido de una manera particular; y si se quisiéramos seguirles por estos caminos, se correría gran riesgo de estraviarse y perderse. Por éso los hay que no se debe intentar el imitarlos. A quién se podría, por ejemplo, aconsejar que imitara á San Pablo, el primer hermitaño, ó á San Antonio que ambos pasaron casi toda su vida en las más horribles soledades, en el fondo de los desiertos del Egipto, privados, no solamente de toda comodidad humana, sino tambien de todo auxilio religioso exterior? A quién se podría aconsejar tambien el imitar á San Simeon Stilita, que permaneció durante cuarenta años en lo alto de una columna? A quién se podría aconsejar el imitar solamente á San Benito Jose Labre, que se santificó en la practica de las peregrinaciones y de la mendicidad? Ciertamente, éstos son santos admirables que Dios há formado para que el cielo estuviérase adornado de todos los meritos y de todos los generos de glorias; pero, lo repito, sin vocacion especial de Dios, no se puede y no se debe tampoco ensayar imitarlos; porque, sin hablar de todas las

1. Joseph, certificatus de conceptione et virginitate Mariæ, *exurgens a somno dubietatis, ad mandatum angeli accipiens sponsam in conjugem, id est, ad nomen conjugis et uxoris, cum Virgine virgo permansit, et, ei obsequiose, tanquam dominæ, ministravit. Hinc habemus argumentum, quod quidquid a Deo monemur, statim facere debemus. Ergo si vovisti Deo aliquid, statim, si potes, persolve; si non potes, quam cito facultatem habebis, statim implere teneberis. Vota etiam quæ sine expressione certi temporis sunt facta, statim sunt adimplenda. Unde Chrysotomus: « Joseph per angelum de sacramento mysterii celestis instruitur, monitis angeli lætus obtemperat, gaudens divina jussa prosequitur. Suscipit sanctam Mariam, et votis exultantibus gloriatur; quia tantæ majestatis Virginem matrem conjugem dici, ab angelo me-*

demas dificultades insuperables que se encontraria, no se llegaría á resistir las tentaciones del demonio del orgullo.

Otra cosa es San José. No créais, sin embargo, que sea menos admirable que los santos de que acabamos de hablar; lo es infinitamente más. Pero lo que le hace tan admirable, es, no las obras sorprendentes que há hecho, sino la perfeccion con la cual las há ejecutado.

En él, en efecto, nada de acciones ruidosas que asombren al espíritu, nada de genero de vida que asuste á la debilidad humana. Sin duda, todo está maravillosamente ordenado en él, pero, al mismo tiempo, todo es maravillosamente sencillo. En él, véis un artesano que vive de su trabajo¹: que permanece en el retiro de su

retur audire.» Per Joseph cognitantem dimittere Mariam, qui certificatus de mysterio per angelum, accepit eam ut dominam, significatur homo dubitans in fide vel moribus, qui per prædicatorem, vel confessorum bonum, solidatur in istis, et subicit se monitionibus ipsius (LUDOLPH. *Vita D.-N. J.-C.* 1. p. c. 8, n. 5).

1. Por su nacimiento, Jose era de estirpe real... Este principe salido del más celebre, del más popular, del más santo quizás de los reyes de Judá, este principe, hijo de David, está completamente olvidado y perdido entre la multitud... Y qué era él entre esta humilde ciudad de Nazaret? Un humilde y pobre carpintero; demasiado honrado para no gozar de cierta reputacion entre las gentes del lugar; demasiado inofensivo, demasiado afable, demasiado servicial para no contar algunos amigos; pero tambien demasiado fiel servidor de Dios, demasiado alejado del espíritu del mundo, demasiado piadoso, demasiado santo, para no ser censurado, odiado, perseguido por los malos que no faltan en parte alguna. (II. Tim. III, 12). Trabajaba mucho y ganaba poco. Es imposible el representarselo cómo un hombre habil en los negocios, ó cómo haciendo valer el precio de sus obras; todavia menos cómo un acreedor rigoroso apremiando á sus deudores. Cuántas veces debió ser victima, yá de su conciencia, yá de su confianza, yá de su compasiva benignidad!... En resumen, él no era nada en Nazaret. No tenia empleo alguno; y á excepcion de que edificaba constantemente á toda la vecindad, no ejercia ninguna accion. No pasaba por hombre de letras, to-

casa, no teniendo con el mundo más que las relaciones necesarias¹; que practica el silencio, diciendo lo que es necesario, pero nada más que esto, hasta tál punto que el Evangelio no refiere ni una sola palabra de él². Véis un hombre que ama al projimo, en la

davia menos por sabio, y muy probablemente, no era ni lo uno ni lo otro. A lo sumo, porque era prudente, discreto y bueno, se iba algunas veces á confiarle disgustos, ó se le pedía consejos. En suma, era en toda la fuerza de la expresion, un plebeyo oscuro. (*Gay Conferen. á las madres cristianas, confer. 37*).

1. Este admirable santo no se muestra al exterior más que cuando es obligado; vá á Belen cuando el édicto del emperador le obliga; á Egipto cuando la orden del cielo le llama; á Jerusalem, cuando un deber de religion le invita. Fuera de eso, él no aparece en parte alguna. No se le vé en la ciudad en medio de las conversaciones de las gentes y de las alegrías del mundo, en los circulos y en las fiestas de los hijos de los hombres; él tiene sus delicias en su querido retiro de Nazaret. Es allí que goza de Dios y de su divino Hijo, entregandose por completo á sus deberes de estado; allí se deslizan sus dias, recogido en Dios y ocupado en su santificacion. Aprendámos con este ejemplo á no amar el mundo, que disipa y seduce el corazon; á querer el retiro, en donde se estudia y se reconoce á si mismo, en donde se forman las virtudes solidas, en donde se habitua á la vida interior, fuera de la cual todo progreso en la piédad es imposible. Acordémosnos de la palabra del pagano (Seneca) que decia: «Todas las veces que hé estado entre los hombres, vuelvo menos hombre»; y de la palabra de San Leon el Grande: «El polvo del mundo mancha necesariamente hasta los corazones los más religiosos que lo frecuentan.» (Hamon. *Medit. San José, 4ª medit. 1. p.*).

2. San José descendia en linea recta de los más grandes reyes de Judá y de los más ilustres patriarcas. Depositario del secreto del Altísimo, alojaba en su casa á su Dios, que le honraba con el nombre de Padre. Sin embargo, la humildad le hace occultar un tan grande nacimiento, tanta grandeza y tanta gloria. Otros se hubieran apresurado á divulgarlo, á hacerse apóstoles y evangelistas del Niño-Dios, para que fuésen á adorarle; pero José, más sabio y más humilde, estima que es mejor callarse, y deja á Dios el cuidado de hacer conocer á su Hijo. Ni un vecino, ni un amigo es enterado del secreto; y, al cabo de treint-

persona de Maria, su esposa, con un amor muy verdadero, muy sincero, muy delicado, prefiriendo ceder de sus derechos antes que hacerlos valer, suspendiendo su juicio mientras que el mal no es evidente, y no condenando aun entonces que la culpabilidad parece ser cierta, sino confiando à Dios solo el cuidado de terminar las

ta años, el Hijo del Padre eterno no es conocido más que como un artesano y el hijo del artesano José. Mat. xiii, 55; Marc. vi, 3. Oh ! maravilloso silencio ! José tiene en su casa con que atraer las miradas de toda la tierra, y el mundo no sabe nada ; posée un Dios-Hombre y no dice una palabra de ello. Los magos y los pastores vienen adorar à Jesus ; Simeon y Ana publican su grandeza, y José no dice nada ; José, à quién el angel habia instruido de la divinidad del Niño ; José, que lo sabia, por haberlo visto, el milagro de su nacimiento, calbana. Qué padre no hubiése hablado de un hijo semejante ? José guarda fielmente su secreto y lo lleva hasta el sepulcro. Bella leccion que nos enseña à no decir nunca nada, ni nada insinuar en ventaja propia, y à no tomar la vanidad por consejera de nuestros discursos ! (Hamon. loc. cit.). — Y nosotros, miserables é insensatos como somos, queremos sin cesar y por todas partes mostrarnos, y que se nos vea, y que se nos advierta, y que se nos admire. Aparecer, brillar, ostentar esplendor, hacer ruido, atraer la atencion, es nuestra ambicion continua y la más habitual de nuestras preocupaciones. Seria yá mucho pretender así mostrar lo que somos ; pero es tambien de lo que no somos que queremos tener las apariencias, con el objeto de hacernos honor. Es necesario que se nos crea, yá con más talento que no tenemos, yá con más ciencia de la que hemos adquirido, yá con más virtud de la que practicamos. Nos rehacemos, con artificio, las bellezas que hemos perdido ; y aquellas que no hemos tenido, ensayamos el simularlas y ostentarlas. Se vive de mentira, alimentase de viento, se quiere hacer lo mismo con los demás. Se defrauda à cada instante en su trato con los hombres, comprando con falsa moneda su estimacion, su afeccion, sus aplausos. Se habla temerariamente ; se adopta el aire de oraculo. Se juzga, se dá su opinion cuando nadie la pide, y cuando es indiscreto, inconveniente, y aun ridiculo el darla. No se la dá, se la impone, y no se sufre el ser contradictorios. No es esa la costumbre, la inteligencia y la vida del mundo ? Y quién no es del mundo, por lo menos, por este lado ? (Gay. loc. cit.).

cosas como le placera. Por ultimo, véis en él à un hombre cuya fé y confianza en Dios son sin limites, que crée sin reserva en su palabra y hace sin vacilar lo que le manda. Hé ahí à San José todo.

Pues bien, yo os lo pregunto : Qué hay de más facil de imitar como una vida semejante y una semejante conducta ? A ! si fuéa preciso para imitar à San José practicar largos ayunos y entregarse à mortificaciones austeras, nadie duda que muchos de vosotros podrian alegar, contra semejante genero de vida, la debilidad de su salud. O bien sí, para imitar à San José, fuera necesario pasar la mayor parte del tiempo en oraciones, muchos podrian igualmente decir que no pueden, porque tienen necesidad de trabajar para hacer frente à las necesidades de la vida. — O bien todavia si fuera preciso, para imitar à San José, dar à los pobres todo lo que se posée, comprendo yo muy bien que áquellos que están cargados de familia podrian encontrar esta condicion muy dura, y la conducta de José poco imitable. Pero nada de todo esto se encuentra en la vida de San José. Para imitarle, no es necesario más que cumplir con los deberes de su estado, amar al projimo y confiarse à Dios. Quién podrá encontrar en esto, no digo nada de imposible, sino nada de dificil ? Se trata de los deberes de su profesion ? se cumplirá con la mayor facilidad si, como San José, se aplica de una manera asidua, sin frecuentar sociedades de ocio, sin perder su tiempo en conversaciones insignificantes, sin ocuparse de una multitud de cosas que no os interesan, y que frecuentemente vale mejor ignorar que conocer. Sabéis quiénes son áquellos para los cuáles el cumplimento de los deberes de estado es penoso ? Son los perezosos, que no son capaces de ninguna energia ; ó bien esas gentes ligeras y frivolas, para las cuáles toda aplicacion está por encima de sus fuerzas, y que no tienen gusto y ardor más que para las diversiones. Pero, son esos si quiera hombres ? cómo serán cristianos ? No, el cumplimiento de los deberes de estado no es dificil para el verdadero cristiano, porque en ello pone todas las fuerzas de que está dotado, y todos tenemos naturalmente bastantes fuerzas para cumplir con los deberes que la naturaleza

nos impone. Toda la cuestion se reduce à dos cosas: la primera, à usar sus fuerzas; la segunda, à emplearlas en el cumplimiento de los deberes y no en otra cosa; obrémos asi, y al mismo tiempo que cumplirémos con los deberes de nuestra profesion, comprenderémos que en esto yà es facil la imitacion de San José.

La dificultar de imitar à San Jose estará en amar à nuestro projimo, en no juzgarle mal, y en no vengarnos cuando creémos tener agravios de él?

Dificil amar al projimo! lo dificil seria no amarle. Seria, pues, dificil amarse entre hermanos? Los que no se amanson seres desnaturalizados, porque la naturaleza les lleva à amarse, puesto que haciendolo aman la sangre que viene de su padre, y la que circula por sus propias venas. Luego, todos los hombres somos otra cosa más que hermanos, que descendémos del mismo padre, la misma sangre corre por nuestras venas, y reunidos todos no formamos más que una sola familia, la familia humana? Y para los cristianos, no somos dos veces hermanos? hermanos en Adan por la naturaleza, y hermanos en Jesucristo por la gracia? Cómo no podriamos amar à nuestros semejantes, que Jesucristo há amado hasta dar su sangre y su vida por ellos, como lo há hecho por nosotros? Los que Jesucristo há juzgado dignos de su amor no lo serán del nuestro? — Si es facil amar al projimo, más facil será el no juzgarle mal, y todavia más no vengarnos de él, cuando creémos tener motivo de agravio. Porque, ó amámos à nuestro projimo, ó no le amámos. Si le amámos, jamás le juzgarémos mal; porque nunca se juzga mal del que se ama, por el contrario, siempre bien. Y en cuánto à vengarnos en caso de verdadero ó supuesto agravio, de su parte, no lo harémos tampoco, si le amámos, porque el amor no solamente no juzga mal, sino que lo perdona todo. Cuándo se venga, se ha cesado de amar, y cuando se há cesado de amar, se há dejado de ser cristiano. Es asi como todo se encadena, y como es facil cumplir con los deberes, respecto del projimo cómo consigo mismo.

Más facil y más dulce todavia es cumplir con nuestros deberes

con Dios. Dios! que no dice al corazon esta sola palabra! Dios no es nuestro criador, nuestro conservador, nuestro bienhechor, nuestro redentor, y para decir todo en una palabra, nuestro verdadero padre? Y los hombres, sus criaturas privilegiadas; y los cristianos, el precio de su sangre, encontrerian duro y dificil creer en su palabra, confiarse à su bondad, entregarse à él para el cuidado de todas las cosas, y ofrecerle en homenaje su corazon, su persona y toda su vida? Lo hé dicho, no es eso solamente una cosa facil, sino y dulce y deliciosa, una cosa llena de atractivo para el espiritu y de enardecimiento para el corazon. Ah! aun cuando no hubiera infierno para castigarlos, cómo son desgraciados los que rehusan conocer, amar y servir à Dios! Qué violencia no deben hacerse, para resistir à la doble voz de la razon y de la fé, que proclaman tån élocuentemente la dicha que tiene el hombre uniendose à Dios con todas sus potencias y con todas sus facultades! De qué goces no se privan por el fatal divorcio que se imponen! Ninguno de nosotros es de este numero, cristianos, y me apresuro à terminar, para no ofender à hijos, suponiendo que tienen necesidad de que se les pruebe que no es dificil amar à su padre.

Conclusion. — Perfecto modelo de la vida cristiana, y modelo muy imitable, hé aqui, cristianos, lo que es San José, bajo el punto de vista de la edificacion que podemos sacar de su vida en general, y, especialmente, de su conducta en el aconecimiento que nos es referido por el Evangelio atribuido à su festividad. San José es un perfecto modelo de la vida cristiana, porque cumple de una manera muy excelente las dos obligaciones que constituyen su esencia y componen todas las demas, à saber, el amor al projimo y el amor à Dios. Es, por otra parte, un modelo muy imitable; porque sí hace muy bien lo que ejecuta, no hace no obstante más que cosas faciles, porque están fundadas en la naturaleza. Puesto que San José es un perfecto modelo de la vida que debemos llevar, y un modelo muy imitable, pongámosnos, con frecuencia, este modelo ante los ojos para estudiarle más y más, é imitémosle de más en mejor. Y puesto que es viviendo así como há merecido gozar de la sociedad de

Jesus y de Maria, no solamente aqui bajo, sino tambien en el cielo, no dudémos que, si le imitámos fiel y perseverantemente, participáremos de su recompensa celestial. Así séa.

FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ.

CUARTA INSTRUCCION.

San José, nuestro protector.

I. Poder de San José. — II. Bondad de San José.

El Evangelio de que á cabo de daros lectura nos muestra á San José constituido en protector de la Santa Virgen de una manera muy particular, y destinado de igual manera á proteger al Niño-Jesus, desde hubo hecho su aparicion en este mundo. Pues esta doble proteccion, la continuacion de la historia sagrada nos enseña que San José la há ejercido con una constancia no desmentida, con una afección que nada há cansado, con un héroísmo que há sobrepujado á todas las dificultades. Las circunstancias del nacimiento del Salvador, la huida de la sagrada familia á Egipto, su vuelta á Nazaret, la busca del Niño-Jesus perdido en Jerusalem, cuando tenía doce años, suministran pruebas tán numerosas como brillantes. Pero, desde que la muerte acabó con el cargo que le estaba confiado aqui bajo, respecto de Maria y del Niño-Jesus, há puesto San José un termino á su caridad y á su abnegación? No lo créais, cristianos. Si el cielo es la mansion del eterno reposo, no lo es de la indiferencia. Es por esto que San José, no teniendo yá que proteger á Jesus y á Maria, se há hecho el protector de todos nosotros, hermanos de Jesus é hijos de Maria, trasladando á nosotros toda su solicitud y todo su afecto. Si, cristianos, así es, la Iglesia lo há declarado oficialmente¹. San José es

1. *Decretum Urbis et Orbis*. Quemadmodum Deus Josephum illum a Jacob patriarcha progenitum constituerat universæ terræ Ægypti ut populo frumenta servaret, ita temporum plenitudine adventante cum

nuestro protector cerca de Dios. Y no un protector como los demás santos, que todos lo son. Sino que es el primero y el mejor de todos los protectores, como me propongo haceroslo ver hablandóos,

Filium suum unigenitum mundi salvatorem in terram missurus esset, alium selegit Josephum, cujus ille primus typum gesserat, quemque fecit Dominum et Principem domus ac possessionis suæ, principaliumque thesaurorum suorum custodem elegit. Siquidem desponsatam sibi habuit Immaculatam Virginem Mariam, ex qua de Spiritu Sancto Natus est Dominus noster Jesus-CHRISTUS, qui apud homines putari dignatus est filius Joseph, illique subditus fuit. — Et quem tot reges ac prophetæ, videre exoptaverunt iste Joseph non tantum vidit, sed cum eo conversatus, eumque paterno affectu complexus deosculatusque est; necnon solertissime enutrivit quem populus fidelis uti panem de cælo descensum sumeret ad vitam æternam consequendam. Ob sublimem hanc dignitatem quam Deus fidelissimo huic servo suo contulit, semper beatissimum Josephum post Deiparam Virginem ejus sponsam Ecclesia summo honore ac laudibus prosecuta est, ejusdemque interventum in rebus anxiis imploravit. Verum eum tristissimis hisce temporibus Ecclesia ipsa ab hostibus undique insectata adeo gravioribus opprimatur calamitatibus, ut impii homines portas inferi adversus eam tandem prævalere affirmarent, ideo venerabiles universi orbis catholici sacrorum Antistites suas ac Christi fidelium eorum curæ concreditorum preces Summo Pontifice porrexerunt, quibus petebant ut sanctum Josephum Catholicæ Ecclesiæ Patronum constituere dignaretur. — Deinde, cum in sacra æcumenica Synodo Vaticana easdem postulationes et vota enixius renovassent, sanctissimus Dominus Noster Pius Papa IX nuperima ac luctuosa rerum conditione commotus ut potentissimo sancti patriarchæ Josephi patrocinio se ac fideles omnes committeret, sacrorum Antistitem votis satisfacere voluit, eumque *Catholicæ Ecclesiæ Patronum* solemniter declaravit; illiusque festum die decima nona martii occurrens, in posterum sub ritu duplici primæ classis, attamen sine octava, ratione quadragesimæ, celebrari mandavit. Disposuit insuper ut hac die Deiparæ Virgini Immaculatæ ac castissimi Josephi sponsæ sacra hujusmodi declaratio per præsens sacrorum Rituum Congregationis Decretum publici juris fieret. Contrariis non obstantibus quibuscumque. Die VIII decembris anno 1870.